

Historias de Verano

Historias de Verano

Historias de mi niñez en casa de mis abuelos

Juan Carlos Reyes Guerrero

Historias de Verano

© 2014, Juan Carlos Reyes Guerrero
reygue28!

Diseño carátula
Juan Carlos Reyes Guerrero

Fotografía de portada
Juan Carlos Reyes Guerrero

ISBN: XXXXXXXX
Depósito Legal:
ISBN e-book: XXXXXXXX
Depósito Legal e-book:

Impresión y encuadernación:
autoreseditores.com
(Quien actúa como impresor y distribuidor)

© Todos los derechos reservados en propiedad intelectual del autor

No está permitida la reproducción total o parcial de la obra ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin permiso previo del autor

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

*A mi Madre y hermanos, que sin ellos no habría sido posible
esta aventura.*

Gracias a ti también Tom S.

Índice

Capítulo 1	8
Recuerdos	8
Capítulo 2	9
El tiempo de mis abuelos	9
Capítulo 3	11
El bandolero Collazos	11
Capítulo 4	12
El vado de la culebra	12
Capítulo 5	14
La Fiesta de la Virgen	14
Capítulo 6	16
El Secreto de los Chamanes	16
Capítulo 7	18
La Chilangua	18
Capítulo 8	20
El Padre Mera	20
Capítulo 9	25
Perdidos	25
Diccionario	27

Capítulo 1

Recuerdos

En una tarde soleada caminando por las montañas de XXXXXXXX, el sol caía en el horizonte, tarde radiante pero fresca, de colores ocres y brillantes, mirando hacia el cañón del río XXXXX, sus aguas daban destellos de luces, llegaba a mi memoria recuerdos de niño cuando en las tardes de verano jugábamos en el río que pasa cerca de la casa de mis abuelos, tardes en que nuestra única preocupación era que no llegara la noche para no salir de nuestro segundo hogar “el río”, sus aguas verdes como el guarapo de caña recién molida, nace en la laguna del Azufral o Laguna Verde, enclaustrada en los páramos del Oscurana, antigua vía de a pie y de caballería, por donde se transportada la mercancía de la provincia¹ hacia el güaico² y la población de Barbacoas, mucho antes que se construyera la carretera Pasto – Tumaco. Por esa vía transitaban los cargueros, personas guapas de complexión menuda pero fuertes de piel curtida por el sol, el agua y largas faenas, sus pies los calzaban con pedazos de cuero curtido y si traspasaban lodazales, mejor se caminaba a pata limpia. Cargaban más que un caballo según contaba mi tía abuela Rosario López, en su espalda llevaban una arroba. De Pasto o Túquerres transportaban carne serrana, brazos y muslos del cerdo adobados y curtidos con sal de nitro, enseres y mercancías para el comercio con Barbacoas, de allá sacaban oro y sal, está la traían de Tumaco por el río Iscuande.

Mucho tiempo después, por el año de 1881 ampliaron el camino de a pie a camino de herradura y es cuando llegan el 10 de agosto de ese año los primeros caballos a Barbacoas de esa forma aparecen los arrieros con sus recuas de mulas transportando carga y así aparecen nuevos caseríos al margen derecho del río Güiza frente a los que ya existían paralelos a San Isidro, San Miguel, a San Pablo, Ricaurte; a Cuaiquer Viejo, Cuaiquer Nuevo.

¹ Provincia: Nombre dado a las regiones frías de la cordillera

² Guaico: nombre dado a las regiones calientes encerradas en la cordillera

Capítulo 2

El tiempo de mis abuelos

Las casas se hacían en tabla, estas se sacaban partiéndolas con hacha y cuñas de madera, luego con el tiempo llegaron las sierras de mano y se aserraba en la montaña, las sierras eran hojas más largas que un hombre y dientes grandes y afilados. El filo de los dientes se hacía de acuerdo al tipo del hilo de la madera, una forma es triangula, la otra en forma de uña de gato, para la madera más dura. Los troncos los subían a andamios, el vaivén de la sierra lo coordinaban dos hombres de brazos fuertes uno debajo del tronco y otro encima en cada tirón los dientes de la sierra devoraba como un animal hambriento de madera. Las casas se alzaban sobre pilotes de piedra para que la humeada no las dañara, esas era la casa para dormir, al lado se construía una más pequeña, pero sobre el suelo donde se hacía la cocina, los techos se hacían con hoja de caña seca juntando manojos y entrecruzándolos entre varas de caña brava o también se techaba con hoja de bijao, al terminarlas parecía techos con escamas. Los pisos se hacían con palma de güalte o chonta, se partía la palma con hacha y cuñas por ser demasiado dura y se sacaban tiras que luego se amarraban al piso. En la cocina se preparaba las comidas, a su vez era el sitio de reunión hasta ya entrada la noche, en ese momento se encendían las lámparas de querosene y se daban las buenas noches para luego madrugar al día siguiente con el canto del gallo. La comida se cocinaba en tulpas, fogones rudimentarios hechos sobre la tierra con piedras redondas y medianas sacadas del río, encima de las tulpas se montaba la burra, un andamio hecho de palos y amarrado con cabestros o tiras de cascara de palo de isinde, allí se ponía a secar la leña para el fogón, pero también servía para colgar los pedazos de carne que se ahumaba y la curtía con el humo del fogón para que durara. Este tipo de construcción era semejante a la que utilizaban los indígenas de la montaña, chozas construidas sobre pilotes muy altos hechos con troncos de helechos tan viejos como la memoria de sus antepasados y techos de hoja del monte, para subir a la casa se utilizaba un palo al cual se le hacía muescas que este hacía las veces de escalera. Cuando un indígena moría, lo enterraban debajo de la casa y se iban a otro lugar a construir otra, la zona al ser muy lluviosa, cálida y húmeda, clima propio de bosque de niebla y tropical las casas y el cuerpo se descomponía muy rápido y la vegetación se tragaba el lugar.

En la cocina no podía faltar la guagua o piedra de moler, piedra de río tallada en la que se molía el maíz, café y sobre todo el guineo que molido y amasado con sal se hacen las balas, masa de guineo cocinado que se daba en el almuerzo. Las dueñas del hogar se acucillaban en el piso de chonta ante estas piedras, parecía que se arrodillaban para dar sus oraciones, convertían en masa los guineos cosechados en la chagra, sembrados que son el pan coger diario, en la chagra se sembraba guineo, plátano, zapallos, chilangua, yuyo para las morcillas además se criaban las guanacas y los cerdos; animales de granja, pero también habían

pequeños; los cuyes y conejos, se criaban en la cocina cerca del fogón para que les diera calor y no les dé achaque y se mueran, al caminar por la cocina, ellos se paseaban por medio de los pies asustados por el caminar de la gente, son animales asustadizos y nerviosos pero los preferidos para una fiesta u ocasión especial. Justo al lado del fogón estaba los asadores, tal vez por esos son tan nerviosos mirando a cada momento el fin que les espera y quien era su verdugo, los alimentaba todos los días con yerba que crecía en las orillas del río.

Junto a las quebradas se montaba una piedra plancha que hacía las veces de lavadero para la ropa como para los enceres, se jabonaba con hojas de palma china que al frotarla con agua soltaba una baba jabonosa, se la mezclaba con legía que es ceniza de fogón y sus fuertes hebras servían como esponja y jabón de cebo de manteca además el cebo también se utilizaba para la fabricación de velas.

Cuando estalló la guerra de los mil días, los alimentos escaseaban, sobre todo los que no se conseguía en la región como la sal esencial en la preparación de los alimentos y el ganado, ante esto en un lugar llamado el saldo propiedad el señor Rafael Lincer, existía un arroyo al filo del río Güisa (Guabo) que emanaba agua salada esta se cocinaba en grandes ollas de barro y por medio de la evaporación se obtenía tan preciado elemento.

En el Putumayo se encontraron yacimientos de petróleo, para su transporte se trazó la ruta del Oleoducto, lo que hoy se conoce como el Oleoducto Transandino, mucha gente se empleó en esa obra, los capataces gringos en su mayoría y lugareños como trabajadores rasos que cargaban piedra y arena, a ellos se les pagaba 2 pesos con 90 centavos la hora. Los obreros se asombraban con maquinaria jamás vista hasta esa época por los años de 1960, buldócer, grúas, soldadores, ver esas máquinas cargar esos tubos enormes y pesados, los buldócer sacando tierra, tanta que si trabajaran 100 hombres al mismo tiempo, pero la admiración y la novedad que superó a todas fue cuando el helicóptero de la compañía Texas Petroleum Company aterrizó al lado del plan del trapiche de caña, gente de todos lados acudían a ver la máquina voladora, no creían que ese aparato volara y más que dentro de ella saliera gente.

La construcción fue considerada como la más grande y titánica de Latinoamérica para la época, la primera maquinaria llegó en barcasas surcando el río Amazonas proveniente del Perú hasta llegar a Puerto Asís en el Putumayo una travesía que duraba meses bajos los climas tropicales más terribles. El otro frente de ingreso fue el puerto de Tumaco, grandes buques provenientes de tierras lejanas descargaban miles de tubos de acero y maquinaria pesada. En las partes donde ni siquiera un hombre podía entrar utilizaban helicópteros para bajar la tubería, una vez un trabajador dijo:

— Esos era el fin del mundo, eran aparatos gigantes y blancos a los que llamábamos “calaveras”

Esa larga serpiente de acero se terminó de construir el 10 de mayo de 1969 y se inauguró en el año de 1970.

Capítulo 3

El bandolero Collazos

Cuando el camino de herradura estaba en funcionamiento, llegó del sur, no se sabe si de San Antonio Ecuador o del Perú, un hombre de baja estatura, moreno por su raza de indio y curtido por el sol y las largas jornadas a caballo, sus ojos negros casi rasgados eran penetrantes y demostraban su mando sobre sus hombres. En su cinto cargaba dos pistolas negras como él y a su espalda una escopeta de pedernal, el cañón sobresalía por lo largo del cañón y su baja estatura lo compensaba con su diestro manejo incluso cuando iba sobre el caballo que era buen chalan. Este bandolero de apellido Collazos, venía con una gran cantidad de paisanos bien armados, pero quien se distinguía entre ellos era una mujer muy bella quien iba siempre al lado de él, esta mujer llamaba la atención por gran cantidad de adornos de oro y plata, unos decían que parecía una gitana, otros una princesa de las mil y una noche, Collazos le decía “La Maravilla”.

Este bandolero y sus hombres montaban briosos y veloces monturas, tenían asolada a los comerciantes y habitantes de la región entre las selvas húmedas y tropicales de Barbacoas y los gélidos páramos de Chambú, el ejército siempre hacía escaramuzas para capturarlo, pero el mucho más astuto siempre encontraba la forma de eludirlos.

Una ocasión, el ejército le preparó una emboscada cerca de Chambú, no lo capturaron inmediatamente, encontró la forma de engañarlos y salir en fuga junto con sus hombres y “La Maravilla”, los hombres del ejército preparados para lidiar con Collazos no se dejaron amedrentar y lo seguían muy de cerca, como un perro siguiendo a un conejo, Collazos al verse acorralado enterraba sus tesoros en los matorrales del camino para alivianar el peso de sus caballos y así por mucho tiempo durante la persecución. Los hombres y las bestias estaban muy agotadas y cerca de Chucunés y ver que era inminente su captura, miró a su bella mujer y para que no la capturasen o asesinaran, él la lanzó al río para que se fugara al otro lado, ella trató de nadar, pero sus elegantes vestidos de tul y seda y pesadas joyas la llevaron al fondo y se ahogó. Collazos, hombro a hombro con sus hombres se enfrentó a la autoridad, su valentía no fue suficiente ante las fuerzas del gobierno y sucumbió de acuerdo a su ley.

Todavía ronda la leyenda de Collazos, sus hombres y “La Maravilla” y se cuenta que al construir la carretera algunos obreros encontraron los tesoros y se fueron a la ciudad como hombres ricos otros en cambio malgastaron los tesoros de Collazos.

Capítulo 4

El vado de la culebra

Muy temprano, tan pronto como el sol alumbraba la mitad de la montaña de la finca Dolores, nos alistábamos par nuestras aventuras diarias en el río, se alistaba las cañas de pescar hechas de sicze, flor de la caña brava, nuestros aparejos de diversión los conseguíamos al otro lado del puente que cruzaba el río, que unía la casa con el trapiche, se cortaba la flor con mucho cuidado de no romperla, se pulía, se dejaba secar a la sombra para que el sol no la marchitara, a los cinco días se le ponía el nylon, el plomo se fundía con una cuchara arrumbrada³ y gris de tantas fundiciones en el fogón y el molde era una papa partida a la cual se le hacía un hueco y se ponía una pajita de escoba para hacer el canal por donde pasaría el cordel. Los anzuelos se hacían con una pulgada y media de cuerda de guitarra luego de afilados se anudaban al cordel de la caña, de esa forma se tenía hasta cinco cañas listas para utilizarlas por lo frágil que eran se dañaban con facilidad. Pero además de eso el orgullo era quien, hacia las mejores cañas la más duradera y de mayor sensibilidad, mucho más que la pesca.

De camino al río se buscaba debajo de las piedras, donde la tierra estaba húmeda lombrices tan finas como la crin de caballo, se las metía con un poco de tierra en una bolsa para que no se secaran y murieran, tan pronto se conseguía la carnada, se corría al río que su llamado nos esperaba.

Se buscaba los mejores pozos de aguas quietas para pescar sardinas, tan pronto dabas un ligero tirón a la caña, se tiraba fuerte, pero con sutil ademan hacia la orilla para no perderlas entre la maleza, ya en la orilla entre la arena brillaban como la plata con el sol de verano, corríamos hacia ellas a cogerlas con las dos manos para que no saltaran y volvieran al agua y se perdieran, las agarrábamos con todo y arena y las metíamos a nuestras mochilas tejidas de cabuya. El mejor pescador era Manuelito López, con gran agilidad y gracias saltaba las piedras para no mojarse y cuando pescaba, no las tiraba a la orilla, diestramente tiraba la caña hacia él y con un rápido movimiento las recibía en el sombrero.

Así pasábamos las horas remontando el río días contra la corriente o a veces con el cauce, pasado el mediodía buscábamos el mejor vado para nadar hasta muy avanzada la tarde. En cierto recorrido río arriba con mis hermanos Yiya, Pepe, mi primo Jairo y Manuelito pasábamos por un vado que quedaba detrás de la casa de “Las Molinas”, nunca habíamos estado por esos lados, las aguas tranquilas nos invitaban a zambullirnos, mientras nos

³ Arrumbrado: Oxidado

alistábamos, Yiya dio un grito:

— ¡Una culebra!, ¡Una culebra!

Asustados corrimos donde estaba ella y apareció ante nuestros ojos abiertos de asombro una culebra poco más de una braza de largo, pero a nosotros nos parecía la más grande que habíamos visto, era verde como el limón y su piel brillaba como la esmeralda, nadaba tranquila en el vado. Al principio asustados, con el corazón que se salía del pecho, Manuelito que era mucho mayor que nosotros nos dijo:

— Es una culebra juetiadora, esas no hacen nada, pero si se las pisa, con la cola le da un juetazo y queda caminando más rápido por el resto de la vida.

Así, nos tranquilizó el susto para luego reírnos de lo que estaba pasando. Aprovechamos que cerca había unas cañas bravas cortadas y comenzamos a torear a la nadadora para que saliera de allí y nos dejara el vado a nosotros, ella se negaba, cruzaba de orilla a orilla sin sentir el más mínimo susto ante nosotros, pero al final de un movimiento brusco y con la agilidad de un pez salió del agua y se metió en medio de la maleza para no verla jamás. Terminamos de nadar y ya cansados cruzamos los cañaduzales y salimos a la carretera para regresar a la casa con nuestra mochila llena de sardinas y contarle a Mamá de nuestra peripecia, desde ese día ese vado se tenía como referencia para la pesca o recorridos por el río como el vado de la culebra.

Capítulo 5

La Fiesta de la Virgen

En la vereda se hacía muchas fiestas patronales, las cuales se aprovechaba para hacer las primeras comuniones y bautizos, eran las fiestas en que todo el pueblo participaba, la más esperada era la fiesta de la Santísima Virgen de Visitación, patrona de Pususquer, una virgen de tamaño pequeño pero de una gran devoción y fe por los habitantes de la vereda. Según quien fuera el o los fiesteros, quienes se encargarían de todo lo relacionado con la fiesta de ese año, las vísperas se anticipaban uno o dos días, se anunciaba a los cuatro vientos, con anuncios en carros, estallidos de pólvora, orquestas, entonces la gente decía:

- *Si así son las vísperas, como será la fiesta*

Y así sucedía, cuando llegaba el día esperado por todos, la gente de la vereda sacaba y se engalanaba con sus mejores trajes comprados o mandados a coser especialmente para esa fecha, mucho más que para navidad o año nuevo, en esa festividad se reunirán amigos, compadres, ahijados, llegaba gente que vivía en otros lados. Muy temprano se llegaba a la capilla, los niños y niñas de primera comunión, los más pequeños de bautismo, el sacristán los organizaba junto con sus padrinos, las niñas vestidas de tul y seda, vestidos blancos relucientes, los niños camisa blanca y pantalón azul, en sus manos llevaban la vela que encenderían junto a su padrino al momento de dar los votos de educar a su ahijado en la fe católica y en la otra el catecismo con las enseñanzas de un católico junto con el rosario, allí se los veía impacientes, llenos de nerviosismo y felicidad con sus caritas de inocencia.

En la casa de los fiesteros se organizaba la comida, carne de cuy para las comadres, gallina y el plato principal el hornado, carne de cerdo horneada en hornos de leña, se servía con mute y lechuga, carne jugosa y cuero crocante. Se tenía grandes tinajas de chicha preparada en días anteriores, se hacía de maíz amarillo, pero no se dejaba fermentar, más se usaba como refresco, se cocinaba el maíz con hojas de naranja, toronjil de caña, pedazos de piña y para endulzar se usaba miel de caña.

Ya entrada la noche y con la fiesta prendida se comenzaba a brindar con guarapo fermentado que pasaba de verde oscuro cuando se molía la caña a amarillo ocre y espumoso cuando se fermentaba y estaba en su punto. También se ofrecía o brindaba chapil, aguardiente artesanal que se fabricaba con guarapo fermentado y destilado en alambiques que se hacían de una olla de barro, encima se ponía una callana de barro para que el vapor se condensara y cayera a otra olla que estaba en la mitad, esta olla tenía un tubo por el que destilaba el alcohol, rudimentarios, el mejor decían es el que se conseguía en la vereda del

Charco. Si hacia frio se hacía hervidos, chapil cocinado con maracuyá o lulo y se le adicionaba canela o anís.

Después de la misa se hacia la procesión con los niños de la primera comunión, se echaba mucha pólvora, entre más ruido, mejor la fiesta; de niño se estaba a la expectativa que había para ese año. La que más ruido hacía era la guasca, un cordón de papel de cemento que envolvía la mecha y las bolas de pólvora, un cordón de cinco o siete metros de largo, con totes enrollados cada cincuenta centímetros y cada metro había una papa, una bola de pólvora del tamaño del puño de un hombre, cuando estallaba hacia un sonido seco y temblaba la tierra.

El personaje que mejor echaba la pólvora era el Paiza, un paisano de nombre Erasmo proveniente del Tolima decía él, pero por su acento diferente al de la región le decían el Paiza. Trabajaba ganando jornales en las fincas cosechando café o desyerbando chagras, pero donde se lo veía más alegre es en la fiesta de la Virgen echando pólvora.

Era un hombre de contextura mediana, delgado, de unos cincuenta años, rasgos finos pero curtido por el trabajo bajo el sol, tenía un pedazo de bigote que solo cubría el labio debajo de la nariz, rápido al caminar y siempre con su mochila de cabuya al hombro. Él, además de trabajar como peón, era adivino, eso decían quienes lo conocían, curaba el mal aire y los espantos y sanaba las tronchaduras⁴ de las articulaciones de los huesos además fue el mentor en estas ciencias de Manuelito López.

En cierta ocasión, en la fiesta de la Virgen, en su acostumbrado trabajo de maestro de la pólvora, estaba lanzando unos voladores, la chispa de uno de ellos le cayó en su jiriga o mochila de cabuya allí llevaba toda clase deartilugios hechos con pólvora, totes, juetes, voladores, pitos, guascas, la chispa encendió la mecha de uno de ellos y comenzó a estallarle en el cuerpo; en su desesperación se quitó rápidamente la jiriga y la tiro a los cañaduzales que daban frente a la capilla allí retumbó como un trueno en época de lluvia, la tierra tembló con la explosión y una enorme cantidad de humo cubrió a todos quienes se encontraban en el patio y la carretera listos para la procesión. La gente asustada se quedó paralizada, nadie corrió, poco a poco fue volviendo a la normalidad y comenzaron a preguntar por el Paiza, nadie lo miraba. De pronto él apareció, con la cara negro por el hollín de la pólvora, su cara se transformó, parecía un sonámbulo, el color canela de su piel era blanco como los vestidos de las niñas de primera comunión, no hablaba, no pasa el trance del susto que tenía, no hablaba, algo raro en él, cuando contaba historia nadie lo paraba, le dieron sorbos de agua y lo calmaban, poco a poco fue volviendo a la realidad.

Para las fiestas venideras, a pesar del susto, seguía siendo el maestro de la pólvora, pero los voladores los lanzaba desde una botella y a una distancia prudente, con una varia encendía los totes y las guascas.

⁴ Luxaciones

Capítulo 6

El Secreto de los Chamanes

Mi Mamá era pequeña, mi bisabuela la mandaba a comprar donde las tías López, las pastas de mojaral, agua marca Maravilla, que se usaba para todo y el petróleo (querosene) para prender la candela de los fogones y encender las lámparas porque no había energía eléctrica. Por aquellos días bajaban unos curanderos o chamanes que procedían del Putumayo más exactamente oriundos del Valle del Sibundoy y le decían los “Sebondoyes”. De estatura mediana, trigüeños quemados por recio sol de sus andanzas, y contextura gorda, cabello lacio y corte redondo como si se hubiera cortado con un molde con un totumo, vestían una ruana larga de franjas verticales de colores vivos que les llegaba a los tobillos, debajo de esta los cubría una túnica de color negro llamada “cusma” que les cubría hasta media pierna. En el cuello tenían collares o güalcas con tantas vueltas que no se distinguía la piel hecho de pepas de güalte y conchas de caracoles, la túnica se amarraba en la cintura con una faja tejida de algodón y remataban con unos zapatos a media bota de cuero.

Cargaban siempre una maleta llena de menjurjes, aguas mal olientes y amargas, pomadas de manteca de oso, culebra y chuchugüaza, manillas que tenía un dije de colmillo para los niños pequeños, se usaban para que no les dé mal de ojo.

A los niños cuando no hacían caso o se portaban mal, los padres los amenazaban con regalarlos a los “sebondoyes”, era el coco de ellos.

A mi madre la mandaron a un mandado siendo pequeña y al pasar por la piedra del “sebondoy” frente a la casa de la tía Rosario, una piedra grande a orillas de la carretera, la leyenda cuenta que allí se escondían los “sebondoyes”, mi Mamá al pasar por allí encontró a dos personajes de estos, fue tan grande el susto de mi Mamá que se regresó corriendo a la casa, los chamanes se quedaron mirando mientras ella desaparecía entre las curvas de la carretera.

Al llegar a la casa mi abuela y bisabuela le esperaban con una reprimenda por no hacer el mandado, ella repetía que no era una mentira, esperaban que pasaran, pero nunca lo hicieron y quedó el misterio de los “sebondoyes”.

En la Planada murió la mamá de una familia, el padre se fue a trochar potreros con un peón, en el patio de la casa se apareció un sibundoy, lo vieron que apareció del monto, el sibundoy miro por largo rato a los niños, sobre todo al bebe, luego se fue por donde vino, por

la espesura de la montaña, a los ocho días el niño pequeño murió sin haber presentado ninguna enfermedad.

Capítulo 7

La Chilangua

Por los años 1910, la Tía Rosario su medio de subsistencia consistía en sacar chapil, un aguardiente artesanal destilado del guarapo de caña, en la vereda de Curcuel, vivía un matrimonio adinerado para la época, el señor de la casa dueño de tierras y ganado, hombre trabajador del campo y la señora de la casa con criados que le servían para las labores domésticas. Como todo en el campo a las personas muchas veces no se las conoce por el nombre de pila o bautizo sino por los apodos ya sea por una característica física, heredados de los padres o familia como también de alguna acción que hizo y la embarro.

A él le decían el puerco y a ella la chilangua una hierba aromática que se utilizan las hojas para sazonar las comidas. Hasta allí una pareja igual a otras de la época. Como todo hogar, están los vecinos y en este caso una vecina confidente de la señora y muy informativa por no decir chismosa en el adagio popular que aplicaba la frase “El comadrear no es pecado”.

Este matrimonio tenía a una mujer pobre que trabajaba más que por el dinero, lo hacía por la comida de ella y su niña de pecho y como es la costumbre la llevaba en la espalda amarrada con una chalina negra de flecos, ella vestía un vestido de franela y enaguas holgadas. Las mujeres en esas condiciones con honradas y trabajadoras, le ayudaba a la señora en la casa a moler el maíz, el café tostado en piedras labradas de río que usaban en la cocina para este fin, los molinos de metal no existían para la época. La sirvienta arrodillada con su guagua a la espalda y una piedra en las dos manos la frotaba contra la más grande tallada que se encontraba en el piso con la que molía finamente el café tostado.

Por ser tan diligente, el patrón le tenía gran aprecio y la señora de la casa no le importaba ese afecto. La vecina y comadre de la Chilangua comenzó a meterle interrogantes tan serios como que la sirvienta se estaba metiendo con la patrona, ella no lo creía, pues la sirvienta no mostraba ese interés por su marido, pero las palabras venenosas puede más que la inocencia de sus víctimas. Ella comenzó a llenar de odio hacia la sirvienta y la criatura de esta, cierto día estaba la sierva haciendo sus trabajos diarios y la Chilangua afilaba los cuchillos y en voz alta recitaba:

*“Un puerco voy a matar
morcilla lo voy hacer
chilangua le voy a echar”*

La sirvienta le parecía graciosa la rima en su ingenuidad y no se percataba que su vida es la que estaba en juego. Pasaron los días y se acostumbró a la rima que retumbaba ya en cada rincón de la casa, ella seguía con sus labores sobre todo con la molienda de granos en la piedra.

Cierto día miraba fijamente el golpear de las piedras con las que quebraba los granos duros de maíz, sintió algo gélido y duro en la espalda, seguido de un golpe seco, después un calor recorría su espalda y lentamente su aliento de vida se escapaba en cada bocanada de aire que lo tomaba con una fuerza débil; La Chilangua en un arranque de celos, descargo un golpe con un hacha de cortar árboles en la montaña, estas son muy grandes y pesadas, el golpe estaba lleno de odio, de un solo tajo mato a la guagua y a la madre.

Para tapar su crimen, metió los restos inertes en un costal y las tiro debajo de una alcantarilla de aguas lluvias, pero como todo entre el cielo y la tierra todo se sabe, los pobladores se enteraron y dieron aviso a la policía, después de ser detenida la llevaban a la cárcel del pueblo de Piedrancha arrastrando los grilletes que ataban sus manos y tobillos con gruesas cadenas de hierro como reo a su sentencia, delante de ella iba en las mismas condiciones a la chismosa. En el calabozo se escuchaban quejidos y lamentos lastimeros que los otros reos se acurrucaban y juntaban por el miedo que calaba los huesos y el alma; Así duro durante toda la noche. Al amanecer encontraron muerta a la Chilangua, se había saldado la cuenta de dos inocentes criaturas.

Murió en la cárcel de Túquerres

Capítulo 8

El Padre Mera

En una tarde lluviosa, de esas que cae como si el cielo se hubiera roto, contaba la Tía Rosario que cuando tenía más o menos quince años, en Piedrancha había un cura bonachón, gordo de la buena comida que vivía con una sobrina según decía el que era su parentesco, la señora contaba con tres hijos pero no se le conocía marido alguno como tampoco la visitaba o pretendía ningún hombre. El sacerdote era de buena palabra y sermón, afable con sus feligreses y cuidaba de la iglesia. En el pulpito eran los noticieros del pueblo, sobre todo el día domingo se daban noticias, anuncios, arengas, propaganda y se discutía algo de política.

Con el tiempo comenzó a ocurrir algo muy curioso, el párroco andaba con la sobrina para todo lado, cuando terminaba la misa desde el pulpito decía.

- *Irán a comprar las velas para el santísimo donde Doña Domitilia que son muy buenas*

También les causaba gracia a los feligreses que, al momento de dar el sermón, hablaba de los pecados y quienes cometías esas faltas, los tres niños sacaban la cabeza por los pasamanos del pulpito, la gente se reía de ver ese cuadro dantesco. Los rumores estaban a la orden del día, los cuales comentaban que la tal sobrina en realidad era la mujer del cura y los niños sus hijos.

Entre los feligreses había una señora de apellido Orbes perteneciente a la clase puritana y beatas, se mostraba indignada con el proceder del cura y le parecía una cosa inconcebible tal comportamiento en un representante del clero.

La señora Orbes comenzó a perseguir a este cura, averiguando todos sus actos y denunciando ante la comunidad. El ni se inmutaba, hasta que ella lo denunció ante el obispo de la diócesis de Ipiales. Con esta denuncia no lo retiraron del clero, pero lo trasladaron a otra parroquia, el cura ante una orden no tuvo más remedio que acatar la orden.

En la mañana siguiente al día que le llegó la notificación, alistó las cabalgaduras y las mulas con todos los aperos, pertenencias que tenía la pareja y con algunos peones se fue del pueblo por el camino de herradura de esa época o camino viejo.

Cuando este Cura y su familia pasaba por el sector de Chambú, hay un punto donde se divisa

el cañón del río Guabo, allí se giró con su cabalgadura y mirando hacia el cañón dijo.

- *Maldigo a todos esos güaicosos que se han de morir de hambre, esa maldición les dejo*

Se volteó y siguió su camino.

Con el tiempo comenzó a escasear la comida, la tierra no producía nada ya no había la abundancia con la que estaba acostumbrada la gente, las cosechas de maíz que se recogían por cargas, guachos interminables de yuca que al sacarlas sus raíces parecían mas brazos de personas de lo gruesas y largas, racimos de guineo que doblaban las matas y se tenía que apuntalarlas con palos del peso de estos. Pero todo esto estaba quedando en un sueño pasado, las matas no nacían y si lo hacían no cargaban, como si las semillas fueran vanas, así comenzó la hambruna del güaico.

Las familias ante esta situación, al ver que no había comida, los niños desnutridos comenzaron a comercializar con lo poco que tenían hacia el pueblo vecino de Altaquer donde Vivían los indígenas Cuaiqueres hoy conocidos como la Comunidad Indígena Awa, pueblo ancestral. Ellos sembraban el chiro, una especie de plátano no más de diez centímetros de largo pero muy abundante en sus chagras, el cual se cosechaba jecho, lo cocinaban para luego molerlo en piedras talladas destinadas para este fin y luego lo comían con carne de animales cazados en el monte.

Los habitantes del güaico compraban chiro, yuca a los Cuaiqueres o lo cambiaban por algún artículo que ellos necesitaban. De esta manera transcurrían los meses y años con la hambruna a cuestas.

Aconteció que un día de mercado llegó un hombre con el aspecto de peregrino, cansado y lleno de polvo muy alto y flaco, no venía en una cabalgadura sino todo lo contrario venía a pie y se extrañaban porque vestía sotana como de aspecto de un monje capuchino, su sotana estaba desgastada, su color estaba entre el café oscuro y el negro atizado no se distinguía de lo vieja, acabada y remendaba que se encontraba.

El monje llegó al pueblo e inmediatamente se fue a la iglesia a rezar al santísimo, durante el sermón de la misa se presentó como el Padre Mera.

Los habitantes de Piedrancha lo acogieron muy bien, lo invitaron a comer, le alistaron una habitación muy cómoda puesto que la noche se acercaba, pero lo rechazó, se fue a la parte trasera de la iglesia y armó un cambuche al lado del horno de leña con el que se hacía el pan. La gente quedó extrañada, pero él les explicó que en la humildad está la gracia de Jesús y que esas comodidades y banquetes que le ofrecían, se los dieran a los más pobres.

El padre Mera se estableció en el pueblo y como el cura anterior lo habían trasladado de parroquia, él asumió junto con el padre asignado la guía espiritual de la región.

La tía Rosario su ánimo se sobresaltaba cuando contaba sobre los sermones del Padre Mera, él se subía al púlpito, su voz era fuerte que imponía respeto y temor, si se exaltaba por algún

tema que trataba que por lo general era sobre el pecado y las malas obras de los hombres, las velas perdían su brillo, las llamas bajaban su intensidad hasta casi extinguirse, pero a medida que se calmaba, las llamas de las velas cobraban su intensidad y brillo.

La gente del pueblo se fue encariñando mucho con el padre Mera y la compartían con él, le comentaban sobre la hambruna y la maldición que había dejado el padre anterior sobre la región, al oír sobre esto, el padre les pidió hacer penitencia, rezar mucho al santísimo y que el ayudaría en ese caso, a los pocos días, las plantas de las chagras comenzaron a enflorar otras a nacer y con el tiempo a dar frutos, la hambruna llegaba a su fin, la gente comentaba que el padre Mera había terminado con la maldición del güaico.

Gente que venía de otros lados decían que el padre Mera venía de Guaitarilla, que allá dejó bendiciendo la tierra y las cosechas se daban más de lo normal, las familias tenían para vender y almacenar comida y hasta el día de hoy Guaitarilla es una tierra de abundancia. Al venir de Guaitarilla, el paso obligado era el municipio de Túquerres, llegó al pueblo, pero fue mal recibido, llegó en unas fiestas, la gente lo despreció y se dedicó al baile, al poco tiempo se irse del municipio, sucedió el terremoto de Túquerres.

En una ocasión se reunieron un grupo de feligreses, su intención consistía en darle algunos presentes al padre Mera en agradecimiento por su labor misionera, el párroco del pueblo llevaba una sotana nueva, las señoras frutas y tejidos, al llegar donde dormía el padre, el salió a recibirlos, cogió por el hombro al párroco y le agradeció por la sotana pero no la recibió, dijo que su túnica estaba bien para él y era su mejor vestido para caminar junto al señor, luego recibió las frutas y verduras. Enseguida pasó una mujer vestía un elegante vestido de casimir y un chal negro bordado de satén portaba una canasta de huevos, el padre Mera con mucho cuidado recibió la canasta y separó los huevos en dos montones, la gente miraba extrañada y murmuraban, al terminar, el Padre miró a la mujer directo a los ojos con una mirada penetrante y acusadora, casi inquisidora y le dijo:

- *Los huevos de este lado te los recibo y mi Dios le pague, pero los de este otro lado ve a devolverlos porque te los has robado.*

La mujer bajo la mirada, su expresión de vergüenza calaba su rostro y salió corriendo, fuera de la vista del Padre y los mirones. Desde este momento se conoció las habilidades de adivinación del padre Mera.

El padre Mera era muy estricto con lo referente a los aspectos que convenían a la iglesia no toleraba los bailes en las fiestas patronales, las borracheras o el mal comportamiento dentro de la iglesia en las misas. La gente respetaba sus decisiones, pero el mismo tiempo tenían curiosidad de cómo era él, como dormía y que tenía en su cambuche, hasta que en todo pueblo no falta la chismosa, esa mujer conocida por todos por su intromisión en asuntos ajenos. Se propuso averiguar la intimidad del padre, lo espió después del servicio religioso, la misa de la tarde, luego salieron que salieron todos de la iglesia, ella se quedó escondida y lo comenzó a seguir hasta el cambuche, el Padre encendió una vela y se arreglaba para acostarse, ella hábilmente separó unas chaclas que formaban de pared del cambuche y sus ojos se abrieron que se salían de sus orbitas, al mirar a través de la hendidura no miró al Padre como se suponía, en su lugar miró a Jesús con las llagas en las manos. Salió dando bruces contra todo lo que

se encontraba en su camino de huida, gritaba a los cuatro vientos lo que había visto.

Por todos estos hechos, la túnica, los milagros, las profecías y lo que había visto esta mujer, comenzaron a creer que el Padre Mera era en realidad San Antonio que recorría las poblaciones más humildes dando sus bendiciones.

Pasado algún tiempo, el Padre estaba dando su sermón desde el púlpito, al terminar dio una misiva, que ya no permanecería más en la parroquia, que su tiempo y su misión ya había terminado y que lo necesitaban en otros lugares, los feligreses estaban tristes, muchos lloraban. El Padre bajó del púlpito y comenzó a consolarlos con palabras de aliento que su misión era llevarlos por el buen camino y lo había logrado y en otras partes necesitaban conocer y aprender a Jesús.

De Guatarilla llegó una comitiva para acompañar en su viaje, le traían una excelente cabalgadura, un caballo negro brioso y alto de paso suave y con unos aperos engalanados.; El día llegó, se alistaron las cabalgaduras y la gente que lo acompañaría al pueblo de Barbacoas, celebró su última misa, salió y se subió a su caballo y arrancó con sus acompañantes.

Durante el paso por la calle de honor que le hicieron, no paraba de dar bendiciones y prometer que el güico nunca más pasaría hambre, que incluso debajo de las piedras crecerían las plantas.

En su paso a Barbacoas, paso por el Pueblo de Ricaurte, famosa por su chapil y las fiestas que se hacían al compás de la marimba, un instrumento hecho por los indígenas que se compone de diez o más tubos de guadua de diferentes tamaños, se los ordena del pequeño al grande y sobre los tubos se pone tablas de chonta, esto es muy parecido a un xilófono, pero con sonidos más graves y secos.

En San Pablo, una vereda que queda al otro lado de Ricaurte, pasando el río Güisa; río Guabo en la actualidad, estaban celebrando un baile corría en chapil como arroyos y vibraban las tablas y tubos de la marimba. La casa del baile se iluminaba con lámparas de querosene y aceite. Ya bien entrada la noche y en pleno fulgor del festejo alguien vio al Padre Mera subir por una de las escaleras de la casa, las casas se hacían altas por la humedad, las serpientes y bichos terrestres, las escaleras se hacían de un solo tronco que se cortaban muescas; la ver al Padre Mera la gente paró el baile y que él lo prohibía. Cuando fueron hacia la escalera, desapareció como un fantasma, pero pronto se escucharon gritos:

- *¡Ricaurte se quema ¡*
- *¡Se quema el pueblo ¡*

Ricaurte tenía un color naranja y rojo igual que las llamas del fogón, volaban chispas. Las casas se hacían de madera y se techaban con hojas de caña o de bijao, los que estaban en el baile no se atrevían a cruzar el puente sobre el río para ir al pueblo por miedo a las llamas; así pasaron toda la noche en vela mirando como ardía el pueblo.

Al día siguiente, el sol salía sobre las montañas, iba alumbrando todo el cañón del Güisa, al

llegar al pueblo lo encontraron intacto, no había pasado ningún holocausto, las casas y techos seguían en pie y las personas sanas y salvas.

Ese domingo en plena misa, el Padre Mera predicaba haciendo alusión del baile.

- *En el juco más grande de la marimba está el diablo más grande y en el juco más pequeño está el diablo más pequeño.*
- *El baile es patrocinado por el diablo.*

Después de unos días, el Padre siguió su camino hacia Barbacoas. Al llegar a su destino, mando que devolvieran el caballo que le dieron los habitantes de Guatarilla, mandó muchos agradecimientos por ese detalle y bondad, además de Barbacoas antes de irse mando a regalar al Santísimo de Piedrancha una lámpara de aceite, duro muchos años, pero al quebrarse durante una caída cuando la limpiaban, recogieron los pedazos, los guardaron en una urna y los guardaban como reliquias.

Al señor Paladines que vivía cerca de la casa de mi abuela Ester, por el camino que se va al otro lado del río, le envió un frasco de Kola Granulada, decían que estaba poseído por los malos espíritus, que miraba el infierno y a los demonios como lo llevaban, que estaba condenado; El Padre les dijo que él no estaba poseído, que él le mandaría un remedio y así cumplió su promesa, con la Kola se mejoró Don Paladines.

El padre se subió a una canoa de remos por el Río Telembí con rumbo al Puerto de Tumaco, la Perla del Pacífico, al subirse a la canoa daba bendiciones a quienes se quedaban en la orilla, ellos levantaban los brazos, agitaban banderas, las lágrimas corrían por sus mejillas, El Padre se alejaba cada vez más pero no paraba de dar bendiciones hasta que no lo miraron más.

El Padre Mera siempre repetía:

- *Recen mucho a San Antonio, tengan mucha devoción, pero tengan cuidado con un cordón de él cuando este bravo.*

Capítulo 9

Perdidos

En frente de la casa de mis Abuelos, pasando la carretera que va de Pasto a Tumaco hay una loma con un plan o meseta que se encuentra cubierta de vegetación espesa y árboles; a un lado hay un hondonada que comúnmente se le dice hueco y por lo general bajan arroyos o fuentes de agua que desembocan en el río Güisa.

Un día mis hermanos, mi primo Jairo y Yo estábamos jugando en el hueco cuando de repente escuchamos un ruido entre silbido y graznido, era corto pero seguido y lo escuchábamos cada vez más cerca, pero no sabíamos quien cantaba, pero la curiosidad puede más y comenzamos a seguir el canto hasta que encontramos en lo alto de unas ramas a un chalmaco, un pájaro de unos 30 centímetros y con unas plumas en su cola del doble de su cuerpo, es de color naranja con manchas negras en algunas plumas, y las de la cola terminan con una franja de color blanco. Este pájaro no se intimida muy fácil, parece que tiene confianza y comienza a volar hacia las ramas cercanas sin dejar de cantar de vez en cuando, lo curioso es que se interna hacia la maleza del hueco, por eso dicen que es el pájaro del duende, se encarga de llevarle a los desprevenidos que lo siguen.

A nosotros, que nos parecía una aventura seguimos al condenado pajarraco y efectivamente nos llevó a lo más alejado de la maleza y luego se fue volando, cuando menos lo esperábamos, estábamos perdidos.

Para ese momento estábamos aperados de manilas nuevas que mi Mamá nos había comprado en Ricaurte, un municipio aledaño donde iba cada quince días o cada mes por la remesa de granos y productos de aseo donde la Chabita y le decíamos la Idema porque allí en su tienda funcionó como distribuidora de esta entidad del estado, a veces iba a la farmacia de la Marujita López de Blanco, prima lejana por parte de mi Abuela.

Estrenando manilas, blanca la mía y amarilla la de pepe además yo con una peinilla y estuche que me había dado mi Abuelo Nico, quién dijo miedo, lo que hicimos fue conseguir unos troncos de leña para llevar a la casa por la rastra, le hicimos unas muescas alrededor de la punta para poder amarrarlos con las manilas y que esta no se resbale.

Comenzamos a bajar por el hueco, pero con la leña que llevábamos y la entundada que nos dio el chalmaco comenzamos a desesperarnos, no encontrábamos salida por ningún lado, las

espinas de las ramas de la zarza y mora silvestre se clavaban en los brazos y la cara. Me puse abrir camino y por accidente corte la manila nueva.

La tarde comenzaba a caer, no habíamos almorzado, por lo general almorzábamos tarde por estar jugando en el monte o en el río, nunca llegábamos a la hora de comer, para mi Mamá eso era normal, pero ya eran cerca de las tres de la tarde y no aparecíamos, cuando de repente escuchamos unos gritos que decían

- *Juan, Pepe, Yiya, donde están*

En medio de la maleza identificamos la voz, era nuestra Madre que había salido a buscarnos, pero no podíamos salir ni mostrarnos, lo único que decíamos era

- *Mitaaaaaaa, aquí estoyyyyy*

De repente se me ocurrió la idea de cortar unas varas de una mata de planchil que son largas y delgadas y poner nuestros sombreros de tetera que llevábamos puestos, alzarlos lo más alto que podíamos, agitarlos y gritar a todo pulmón para que Mamá nos escuchara y viera. El invento dio resultado, ella nos encontró y dijo por dónde deberíamos salir para llegar al plan de las cabuyas, fue un respiro, la brisa fresca que bajaba de la montaña en las tardes de verano nos calmaba el calor y la angustia. Una vez a salvo bajamos a la casa con los troncos que llevábamos por la rastra, una vez en casa nos dieron el almuerzo, sancocho de maqueño bien espeso, carne de gallina criolla, arroz y mucha limonada de los limones que crecían en la chagra.

Una vez almorzados, estábamos listos para cortar la leña que se pondría en la burra que estaba encima del fogón, allí se terminaría de secar. De repente mi abuela dio un grito y me mando que botara lo más lejos que pudiera la leña que con gran esfuerzo habíamos traído de la montaña; resultó que eran de un árbol que se llama caspe, no sabíamos que la leche que botaba o el humo que despedía cuando se prendía fuego les daba una alergia muy fuerte, la piel se ponía de color morado como si tuviesen una contusión acompañada de una rasquiña insoportable. Mis hermanos y yo nos sufríamos de ese mal, incluso nos subíamos a esos árboles, a Jairo no le dio alergia porque se mantenía alejado de los troncos, pero no decía nada el muy pícaro. El remedio, decían los viejos para curar el mal era bañarse a las 3 de la madrugada en las heladas aguas del río que pasaba por la casa durante tres días, posiblemente el agua fría contrarrestaba los síntomas.

Diccionario

Provincia: regiones frías

Güaico: tierra caliente en medio de montañas

Bestias: caballos